

PRIMA LA IDEOLOGÍA

por Caridad Herrera

UN PASTO MÁS O MENOS

Recuerdo cuando trabajaba en la agricultura, de esto hace ya varios años, estábamos preparando el campo para el ganado que traían a pastar a esos lugares cerca de Holguín. Había una gran sequía por aquella zona. Hacía ya varios meses que sólo caían unas gotas, y como buen guajiro que era, no me parecía que era el momento adecuado para sembrar la yerba.



No obstante eso, trajeron varias rastras con plásticos de yerba San Agustín, que según las orientaciones del partido, debíamos sembrar.

Yo me atreví, con mucho respeto y con algo de temor, a tocarle el tema al comandante responsable del trabajo diciéndole que me parecía que era una verdadera pérdida de tiempo eso de sembrar sin que hubiera pronóstico de lluvia, ya que la tierra estaba muy seca y no se iba a dar la yerba.

El me dijo que había que cumplir las metas fijadas por el partido y que no me metiera donde no me habían llamado. "Si la yerba no se da, no importa, se trae una yunta de bueyes, se ara el campo y se siembra otra vez", dijo.

COPELITA

Candelita hacía helados en Sancti Spiritus. El gobierno le daba los saborizantes y el arroz, o la harina de pan en proporción a su producción, que ella confeccionaba en el lugar donde le habían autorizado para su producción y venta que era abundante y gustaba mucho a los vecinos del lugar. Candelita ganaba buen dinero con la venta de los helados porque tenían buena calidad y soñaba con poner una heladería que le pondría Copelita, comparándola con la famosa heladería de La Habana que se llamaba Copelia. Ya veía a su clientela haciendo la cola delante de su Copelita. El sueldo que le pagaba el gobierno era en proporción a los helados que vendía dependiendo si cumplía la meta de ventas fijada por el estado.

De hecho, los helados que preparaba eran de los

más sabrosos de la comarca y pronto tuvieron gran fama. Lo cierto era que Candelita mejoraba la receta poniéndole leche a los helados. Cogía algo de sus ganancias y le compraba la leche a un campesino dueño de algunas vacas.

Invariablemente preparaba todas las condiciones para que nunca se supiera que ella le había mejorado la calidad a sus helados. Pero un día le llegó a Candelita un inspector del gobierno que a pesar de que mi querida amiga hacía todo lo posible para que los inspectores no probaran los helados, le pidió uno para aliviar un poco el calor que traía. A pesar de ella mostrarle todos sus documentos en regla, el inspector se percató de que los helados sabían a leche.

A ella no quedó más remedio que revelar su secreto al inspector aduciendo que así le daba un mejor producto a su clientela y que debido a la calidad de los helados las ventas aumentaban por día. El inspector, visiblemente perturbado por el hallazgo, le prohibió terminantemente a Candelita volver a ponerle leche a los helados, ya que según él, estaba violando las normas técnicas para confeccionar los helados. A Candelita le pusieron una multa que por supuesto le costó mucho trabajo pagar y el pueblo ya no pudo disfrutar más de sus famosos helados.

NI NIÑA, NI MUJER

Yo estaba muy ocupada y no pude ir al combinado para comprarle unas íntimas a mi hija que había caído con su primera menstruación. Era su primer periodo. Por estar ocupada, le pedí a mi hermano Raulito que fuera a la farmacia del combinado para comprarle las íntimas que le pertenecían a la muchacha por la libreta de abastecimientos.

Cuando llegó mi hermano a la farmacia del combinado le indicaron que las íntimas sólo se les daban a las niñas que ya siendo mujer, habían cumplido los doce años y que por lo tanto, a su sobrina, que según la ley era todavía una niña, no le tocaban, y que para solucionar el caso debía traer un certificado médico donde se indicara que la niña había tenido su menstruación antes de los doce años.

Disgustado, pero sin poder hacer nada, se dirigió a la casilla donde repartían el picadillo de soya y la carne para los niños y pidió la carne para su sobrina. El dependiente, que había oído la conversación, automáticamente le dijo que su sobrina ya no era niña y que no le tocaba la carne, a lo que mi hermano respondió a voz en cuello sin preocuparse de las consecuencias: --Yo quiero que alguien me diga,

¿qué es mi sobrina? porque no coge íntimas porque no es mujer y no coge carne porque no es niña.

Todo el mundo que estaba allí, incluyendo a los dependientes, se echó a reír, no así mi hermano que estaba visiblemente perturbado.

LOS HUEVOS DE ESTHER

Esther tenía tres hijos varones que tenía que alimentar y como es natural, lo que le daban por la libreta no le alcanzaba para nada. El marido de su sobrina trabajaba en una granja del estado manejando una ras-tras donde transportaba los huevos para llevarlos a La Habana. Cuando pasaba por Artemisa siempre le dejaba dos o tres cartones de huevos para que Esther, o se los diera a los muchachos, o los vendiera para así ganarse unos pesos y poder comprarles algo más en el mercado negro. Cuando Esther recibía los huevos, que era siempre de noche, escondía los cartones en el tejado de su casa para irlos quemando poco a poco y que nadie en la cuadra supiera que ella tenía huevos.

Una mañana muy temprano preparó su mochila con los huevos, con mucho cuidado para que no se les rompieran en el camino para La Habana y llegó a la parada de la guagua con su mochila llena de huevos.

Lo cierto es que la mochila era muy llamativa por lo hermosa y nueva que estaba, ya que su prima se la había mandado de los Estados Unidos hacía sólo unos días. A Esther le gustaba mucho, pero no le quedó más remedio que usarla para transportar los huevos que vendería más tarde.

Pero se puso tan fatal, que ese día había un policía merodeando por la parada, y mirándola visiblemente nerviosa, se percató de la mochila. Ella con mucho disimulo puso la mochila en el suelo y se alejó algunos pasos como desentendiéndose de ella, pero el policía que vio lo que pasaba, se le acercó y le preguntó que si la mochila era de ella y por qué la había puesto en el suelo. Ella le contestó que sí, y que la había puesto en el suelo porque pesaba mucho. A lo que el policía le preguntó qué era lo que llevaba que pesaba tanto, y le pidió, como acostum-



bran a hacerlo, que la abriera. Muriéndose, Esther levantó la mochila del piso y la abrió mostrándole el cargamento de huevos que llevaba.

Sin más, el policía le dijo que se la llevaba a la estación por tráfico ilegal de huevos. Allí la pusieron en una celda donde había varias personas que estaban detenidas por llevar huevos ilegalmente. La celda quedaba al lado de la celda de los que transportaban carne, y así en cada celda había un grupo de personas cada una por llevar algo. Estaba la celda de los huevos, la celda de la carne, la celda de los pollos,

etc.

La suerte de Esther fue que un pariente de ella era policía, y que no sabe qué le dijo al sargento de la estación, pero logró sacarla sin que le instituyeran cargos. Lo que sí perdió fue su mochila que nunca se la devolvieron.

Tampoco supo más de los huevos.



P.S.

Algún tiempo después, Esther me dijo que el amigo de un amigo tenía acceso al cuarto donde almacenaban todas las mochilas confiscadas y la llevó. Era un cuarto oscuro sin siquiera un bombillo. Habría cientos de mochilas apiladas hasta el techo. Allí, entre muchas otras, encontró la suya.